

La corrupción de la carne

Francisco Pereña

“No creer en la inmortalidad del alma, sino contemplar la vida entera como algo destinado a preparar el instante de la muerte...”

Simone Weil

Ya algunos gnósticos se quejaban de que la materia corporal era el fracaso de Dios puesto que era el triunfo de la corrupción, la pasión y la muerte. ¿Cabe redención para esa materia corrupta?, se preguntaba Marción de Sínope. Sin embargo, si la vida es desgracia y desesperación, la esperanza de redención es lo que convierte esa desesperación en amor y sabiduría. Hay también otro modo de olvidar la corrupción del cuerpo, su vulnerabilidad, que consiste en instituir su eternidad, en la necesidad de eternidad. La Institución impone el silencio del órgano por medio de la destrucción del deseo del cuerpo, oculta y disimula así el canibalismo o la pasión más genuina del cuerpo humano, es decir, del cuerpo falto de unidad que busca la fusión caníbal. El cuerpo es comestible, dijo el pintor Francis Bacon, comestible significa el ansia de fusión, de incorporación, de cómo incorporar la carne del otro a la pasión del cuerpo. La pasión del cuerpo, el canibalismo es la pasión del cuerpo corrupto, de la materia corporal fracasada que habría dicho Marción de Sínope. La eternidad es una desencarnación del cuerpo del amor. En Homero significa la falta de circulación sanguínea

que como consecuencia o condición de la inmortalidad se da en los dioses. La sangre es la pasión. Cristo se hace hombre para poder derramar su sangre en sacrificio expiatorio, y “la belleza perfecta de los relatos de la Pasión”, de los que hablaba Simone Weil, posee la atracción del tormento y del derramamiento de sangre.

Bacon volvió varias veces sobre el tema de la Crucifixión. La Crucifixión sigue siendo un motivo constante de la pintura. Pero hay una diferencia que consiste en que mientras la pintura religiosa, independiente de la calidad artística del pintor, busca representar el valor eterno del dolor de Jesús, la perspectiva de la salvación que culmina con la resurrección del cuerpo y, por tanto, con la eternidad de lo incorruptible, a diferencia de eso la Crucifixión de Bacon subraya, o trae a primer plano, la corrupción del cuerpo. Por eso su necesidad de mostrar el interior del cuerpo, las vísceras, huesos y cartílagos, lo indigerible del cuerpo por el sacramento de la Eucaristía. El amor de Cristo es la suprema expresión de la renuncia de quien se ofrece a ser comido como complemento exultante del dolor y de la corrupción del cuerpo. Si de

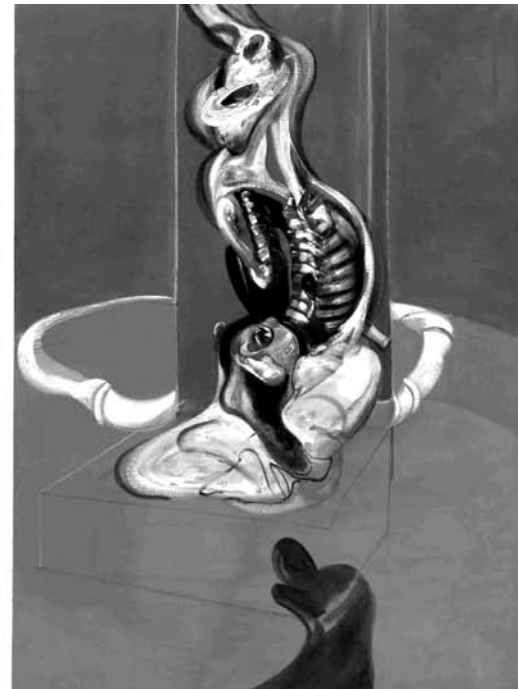
Los trípticos de la Crucifixión de Bacon rompen ese instante eterno y con ello el simbolismo radiante del cuerpo llamado a su resurrección, a su inmortalidad. Es un cuerpo corrupto reducido al tríptico de Eliot: nacer, copular, morir.

Separar la agresividad de la sexualidad, fue una de las propuestas terapéuticas de Freud. Pero le costaba pensar una sexualidad sin agresividad.

Francis Bacon
Three studies for a Crucifixion
(1962)

esa perspectiva se quita el mito de la salvación eterna sólo nos queda la pasión caníbal de incorporar la carne del otro a la propia carne. Contemplar el cuerpo del dolor, que Cristo representaba, constituía la fuerza de su atracción amorosa para S. Weil. La desdicha, el amor y la esperanza son una misma cosa. La desdicha se hace inseparable del sufrimiento físico, y el sufrimiento físico constituye el instante de la mayor cercanía y, por tanto, de la esperanza. Es un instante detenido, por lo que la esperanza no es una figura del tiempo sino de la eternidad. La pasión de Cristo está por siempre presente en la Eucaristía como símbolo del cuerpo incorruptible. Los trípticos de la Crucifixión de Bacon rompen ese instante eterno y con ello el simbolismo radiante del cuerpo llamado a su resurrección, a su inmortalidad. Es un cuerpo corrupto reducido al tríptico de Eliot: nacer, copular, morir. Nacer a la mayor indefensión

del cuerpo, copular buscando la fusión de los flujos y las vísceras, morir como expresión definitiva del pulso corporal y como arrebatado de la pasión, que da al amor no sólo el sino de lo vulnerable y efímero, sino el ansia de la posesión. ¿Es posible un amor no caníbal? ¿Es posible el amor como no ejercicio de la fuerza? ¿No es un contrasentido? ¿Es posible deslindar el afecto de la violencia, incluso de la crueldad? ¿No hay en el anhelo sexual un deseo de matar? ¿No se dice de los amantes que alguno de ellos (intercambiable por momentos) perece y se inmolaba para servir de pasto y alimento del otro, y eso aún en el caso de que no sea posible definir de quién fue la victoria final si es que la hubiera? Separar la agresividad de la sexualidad, fue una de las propuestas terapéuticas de Freud. Pero le costaba pensar una sexualidad sin agresividad. Recurrió una vez más al fácil argumento de poner el sadismo al servicio de la



reproducción de la especie, para buscar su fundamento fuera del sujeto, y así deshumanizarlo. Siempre ese intento de querer librar al humano enviando a la condición animal todo ese tórrido asunto de la relación de la agresividad con el deseo carnal y la vulnerabilidad de los cuerpos. Pero no estamos por encima del tiempo ni escapamos de la cercanía fiel (Rilke) de la muerte. La rabia es rechazo de la muerte y del amor, es necesidad de victoria. El sufrimiento expiatorio, como victoria sobre la muerte, requirió la instauración de la Iglesia para que esa victoria pudiera adquirir los atuendos del poder y tomara el torvo y frío rostro de la eternidad y de la asfixia. No hay desdicha mayor que aquella que borra las huellas de su origen: la soledad de un cuerpo indefenso que sólo puede vivir del desvelo del otro. Esas huellas se borran o se tapan con la armadura de la institución que se instaura como razón de sentido y eterna restauración del símbolo. Por el contrario, la desdicha como enigma de un sufriente anhelo corporal es acontecimiento, es tiempo padecido y respiro, pues el acontecimiento abre la posibilidad.

La "atención creativa" de la que habló S. Weil es esa posibilidad, es un nombre del amor que suspende en ese instante (al menos en ese instante) el ejercicio de la fuerza. Si no hay acontecimiento, instante y temporalidad, nada cabe escuchar. La atención se da en el seno de la relación con el acontecer. Por eso es a la vez espera y paciencia, sin precipitación, es vacío y falta, es abandonar el centro de la atención para orientarse hacia los demás, pues la escucha nos coloca del lado de los que pierden y de lo que se pierde, sin promesa de salvación pero como terreno propicio

para los sentidos, para vivir y respirar. La atención es escucha de lo vulnerable y de lo corrupto, de su temporalidad y de su recorrido. No lo interrumpe ni lo devora con su impaciencia, ni lo asesina con su horror al vacío. La corrupción de los cuerpos tiene su tiempo y es implacable en su vulnerabilidad manifiesta y en su cansancio.

El cansancio atenúa el movimiento, lo relaja, y entonces se puede prestar atención, se puede mirar la desdicha de cara. Esa relación entre desdicha y atención es el amor cuando consigue separarse de la fuerza y del engreimiento, de los ideales y de la monotonía del comercio carnal que lleva en ocasiones a hombres jóvenes al uso de un cuerpo desalmado para asegurar el escenario de un dominio sobre un cuerpo muerto y cuyo pago es el seguro de lo desatento, la ignorancia de la corrupción. Este llamado comercio carnal tiene como objetivo reducir el otro cuerpo a mero objeto de uso, para lo que ha de destruirlo como cuerpo humano, y así poder transferir sobre ese cuerpo maltratado una mendicidad convertida en miseria. A veces esa destrucción carece de límite, y se extiende a cualquier manifestación de un deseo propio, ya sea en las parejas, en los hijos o en los compañeros de camada grupal. La Institución cumple función similar pero con la mayor eficacia y el mayor disimulo, ciega más a medida de que los muros de la cerca han perdido de vista tanto la desdicha como la atención, se tapa las orejas con la abstracción del discurso. Por eso he escrito que el psicoanalista institucionalizado tiene el riesgo de la ceguera y, lo que es aún peor, de la sordera, pues no presta atención más que a la relación del paciente con el

No hay desdicha mayor que aquella que borra las huellas de su origen: la soledad de un cuerpo indefenso que sólo puede vivir del desvelo del otro.

El cansancio atenúa el movimiento, lo relaja, y entonces se puede prestar atención, se puede mirar la desdicha de cara.

...el psicoanalista institucionalizado tiene el riesgo de la ceguera y, lo que es aún peor, de la sordera, pues no presta atención más que a la relación del paciente con el psicoanálisis.

Descargarse de la desdicha tomándola como secreto de una promesa de salvación, es el afán del hombre, es un afán que desconoce el cansancio y que, por ello, se hace insensible y presta todo su entusiasmo a la abstracta ideología de la Patria, la Civilización, la Historia o la Resurrección de los cuerpos.

psicoanálisis. Esa es una atención sorda, la atención está absorbida por lo que ocupa el centro de atención: la misma institución psicoanalítica. Como diría S. Weil es una atención ocupada, no desocupada como lo es la "atención creativa".

Lo desconocido es lo más particular, lo más material y, por ello, lo menos inteligible. El discurso se alimenta de la abstracción y de la diferencia específica. El cuerpo es singular en cuanto corrupto. El cuerpo de la diferencia específica es abstracto, desconoce la materia fracasada de la corrupción del cuerpo. La corrupción del cuerpo es la que nos hace sujetos de la experiencia. Hay un momento en ese camino de la corrupción del cuerpo en el que nos encontramos de nuevo con la sensibilidad y nos apartamos de la abstracción, y sentimos el pulso mudo de esa corrupción del cuerpo, y entonces nos sentimos cercanos en una soledad sin remedio.

Ese cuerpo era en la antigua Grecia el cuerpo de la súplica. Suplicante en el griego clásico significaba "el que viene". El suplicante está siempre en camino, extraviado, de origen desconocido, protegido de Zeus, interrumpe el poder y la armonía del hogar. En eso Zeus es exigente, él conduce al suplicante y obliga al amo del hogar, y por eso Homero nos cuenta que cuando se acerca ese cuerpo extraviado "un estuor invade a aquel a quien se acerca". Desajuste, por el cual quien se acerca y el cercado se encuentran en la sorpresa o en el desconcierto, en la carencia de la súplica, se prestan atención, y en ese prestar atención a lo extranjero surge la palabra en el mismo instante de la escucha. Y entonces quizá la vida

no abstracta es posible, y, como dice el último canto de la *Ilíada*, el anciano Príamo puede sentarse a la mesa, puede recuperar el hambre y las ganas de comer, en ese momento en el que los dos más extraños, Príamo y Aquiles, lloran la común desdicha de sus muertos y pueden sentarse a la misma mesa, una vez que la atención ha establecido la distancia o la medida, como preferiría decir Homero, entre los cuerpos. La palabra es escuchada y el cuerpo permanece aún con vida frente al estrépito de los bandos y el canibalismo del hogar.

El cansancio permite mirar de cara a la muerte, sin intermediarios, sin la sola noticia de los caídos, en esa soledad ante la cercanía de la muerte que se hace presente en la corrupción del cuerpo, en el cuerpo mortal de quien necesita el alimento y su súplica. El cuerpo corrupto no se engaña con la guerra, camina, extranjero, cansado y vulnerable, lleno de sensibilidad desprotegida. La sensibilidad que viene protegida por el ideario abstracto de la salvación, muere de asfixia por solicitar el secreto de la salvación a la intimidad de la desdicha. Descargarse de la desdicha tomándola como secreto de una promesa de salvación, es el afán del hombre, es un afán que desconoce el cansancio y que, por ello, se hace insensible y presta todo su entusiasmo a la abstracta ideología de la Patria, la Civilización, la Historia o la Resurrección de los cuerpos. En ese afán el hombre no parece cansarse porque corre tras los señuelos de la inmortalidad. La ausencia de cansancio conduce a la guerra y a la proliferación de enemigos. Por eso S. Weil, para no descargarse de la desdicha, se vio obligada a la renuncia, a ir en dirección contraria a sus creencias

religiosas, a “no creer en la inmortalidad del alma, sino contemplar la vida entera como algo destinado a preparar el instante de la muerte...”, a “no hablar de Dios, ni siquiera en el lenguaje interior”, y siempre a buscar su impotencia a fin de convertir el horror de la creencia en Dios en el sentimiento, o la experiencia, de la fe, convertida, por esa paradoja, en el deseo de bien y no de daño. Quizá entonces Dios no sea más que una manera de nombrar, como en Píndaro, la belleza de Helena o también el deseo que no puede vivir sin la carne y sin su distancia. El deseo es esa distancia que no cesa más que con la muerte y que, por eso mismo, requiere la corrupción de la carne y no su abstracta inmortalidad. No matarás, es el mandato por el que decidimos permanecer en la vida frente al ansia de matar que conlleva la deformación de la inmortalidad. Se mata, o se muere, como un valiente, según el lenguaje soez de la necesidad de victoria, para alcanzar la inmortalidad, para abominar de la corrupción de la carne. El heroísmo, o lo que se suele nombrar como fe en el futuro, se alimenta de un entusiasmo que mata la sensibilidad que viene de la distancia y de la soledad de un cuerpo viviente y corrupto.

Ninguna enfermedad es hoy más temida y a la vez más extendida que la “depresión”, nombre banal de una melancolía que ha perdido el tono de tristeza y culpa con el que algunos aún se sienten vivir. Tememos la depresión porque es el coste del fracaso de la acumulación de bienes, del ideal del bienestar, que se saldó con una idiocia de la sensibilidad que nos convirtió en crueles a la vez que en inocentes. Cuando la riqueza económica se

ve en entredicho, el miedo desvela la esclavitud que se inquieta y desazona a la busca de un amo. La esclavitud necesita un dueño para recuperar la esperanza y el sentido, aunque sólo fuere como posibilidad de revuelta. De la depresión (término que tanto ahora como en el siglo pasado se usa también para nombrar la crisis económica) no se suele salir sin un amo que devuelva el entusiasmo caníbal de la guerra. Una esclavitud sin amo es la desesperación, y lo habitual es que la desesperación no empuje al dilema moral del acto que consiste en cómo hacer y no querer dañar, o cómo prestar atención a la desdicha sin acusar al desdichado, sin atribuirse el papel de representante de la nemesi divina.

La desesperación suele empujar, por el contrario, a una alianza abstracta y criminal que bebe con ansia la sangre del enemigo que fuere para recobrar el ánimo. Ahora mismo, el mundo es un hormiguero de esclavos en busca de un amo desconocido y anhelado. Da miedo. Sólo aparecer la precariedad y la contingencia, el asomo de la contingencia frente a un sistema concebido como ley natural, y ya en lugar de la súplica se acude a las trincheras, se cierran las puertas del hogar y se solicita un Zeus de la victoria y no el Zeus protector y vengador del suplicante desconocido. El horror a la precariedad y a la contingencia hace del permanecer un grito de guerra, un cierre de filas. La permanencia, la necesidad de durar, de no ser perturbado, es la figura más inquietante de la inmortalidad en tiempos de precariedad. Se pierde así la oportunidad, la oportunidad quizá de abdicar de nuestra falaz omnipotencia y de recuperar el olor de

Ahora bien, si el hombre siempre supo que muere, nunca quiso, sin embargo, enterarse de ello.

Pero esta otra Niobe, la anoréxica, no se acuerda del alimento más que para repudiarlo. Tampoco puede olvidarse de él, ni olvidarse ni aceptarlo. El resultado es la repugnancia, el asco.

la carne mortal, el sonido de lo que vive, el descubrimiento de la corrupción de la carne del deseo, sin sentido y sin otro poder que el instante efímero de ese deseo. Quien da la espalda a la muerte no consigue ninguna inmortalidad, sólo se adelanta a la muerte con su insensibilidad, con su muerte interior. Únicamente el estar cara a la muerte, en esa perspectiva, permite sentir el instante de todo acontecer, cuya necesidad de denegar hace del sujeto un inepto para la distancia del amor y del deseo, un inepto para la sensibilidad.

Nunca debemos confundir negación con denegación, Verneinung con Verleugnung. La negación es el no ser que inaugura el sujeto de la palabra. El sujeto de la palabra es ese no. La palabra es creativa porque dice que aquello que es no es y por eso nadie puede suplir la palabra del sujeto por dañada que esté. El secreto de la palabra es no ser la cosa que dice y el secreto del sujeto es no ser aquello que representa, ni su función ni su representación. De ahí que el sujeto nunca sea anterior a su escucha, no puede ser cosificado para ahorrarse su atención. La palabra es la humildad de lo que no es. Los dioses envidian el deseo del hombre mortal, decía Homero. Querían encarnarse no para ser sino para no ser, para desear y sentir el instante de una palabra nueva o primeriza. Toda palabra de un sujeto es primeriza, no está previamente cosificada, es un no a su cosificación, no tiene miedo al criterio y por eso es negación, ese es el espacio de lo bello.

El miedo al criterio (a la fragilidad y a la temporalidad) rige, sin embargo, la denegación. La denegación es una

defensa que opta por la anestesia, por la insensibilidad. No quiere saber y, sobre todo, no quiere ver al otro (cfr. El hombre sin argumento), su distancia, su lejanía, su fragilidad y su inconsistencia. Lo mantiene a su servicio por ignorarlo. Lo ignora por mucho protagonismo que le dé, es sólo el protagonismo de la ficción yoica que se alimenta de un vampirismo ciego y confuso, pues se confunde con el otro y se irrealiza (o des-realiza) por afirmarse como ser. Carece de la humildad de lo que no es, carece de criterio. Esa "des-realización" se refiere a la corrupción de la carne, a la que deniega, es ficción de eternidad e ignorancia de la temporalidad. La denegación busca la permanencia, prepotente o inhibida, de una corporeidad indefinida y confusa. El cuerpo es la cuestión, la corrupción de la carne, la pérdida de todo pensamiento de permanencia.

La agresividad está enlazada con el extravío del cuerpo. Cómo tener un cuerpo que de torpe que es parece el gran obstáculo para vivir y que sólo puede vivir del otro cuerpo. El hombre nace caníbal y siempre le queda ese impulso a invadir el cuerpo del otro, aunque sea, como generalmente es, por miedo. El miedo vincula la dependencia con la expulsión, ese extraordinario malentendido de querer y rechazar a la vez, de conservar y destruir, que tan pronto se observa en el infante. Pretender buscar la fuente de la violencia y de la crueldad en el organismo animal es el error de una época, como la que conocemos por modernidad, que cree haberse librado del pecado y que de modo tan sorprendente cierra, sin embargo, los ojos a la barbarie a la que una y otra vez se ve confrontada, pro-

bablemente por haber querido sustituir el destino religioso de la inmortalidad por el destino terrestre de su conquista.

El hombre piensa y desea porque es mortal, porque muere. Ahora bien, si el hombre siempre supo que muere, nunca quiso, sin embargo, enterarse de ello. Se ideó de inmediato como inmortal y de esa manera el deseo se vio secuestrado por la trascendencia, lo que terminó dando a la violencia y a la crueldad el significado superior de la salvación eterna. Quizá ahora el hombre tendría la ocasión de enterarse de su corrupción mortal. Pero apenas hay quien ejerza su derecho a la muerte, nadie quiere ese derecho que es algo más que un derecho jurídico, es un gesto de aceptación de lo contingente y de la separación de los cuerpos. La separación no es ni reparación ni resurrección, es límite radicalmente finito con la nada, liviana renuncia a la inmortalidad de un cuerpo confiscado por el más allá. Si persiste, por el contrario, en comer la hostia consagrada de la inmortalidad, perdura el canibalismo que toma el cuerpo del otro como alimento eterno. Las reglas de conducta y de urbanidad, de cómo presentarse y ausentarse, son ritos de contención de la invasión caníbal, o su temor. El canibalismo es un modo de presencia, de tener cuerpo, cuando la falta de atención y de escucha ha obstaculizado la experiencia de la palabra. De ese modo se confunde la ausencia con el olvido, se impide la conservación del otro en la ausencia que es la condición del amor, y en su lugar viene el infierno, esa imperiosa necesidad de hacerse físicamente presente, sin parar, ante el ser "amado", con una exigencia sin límite interno. En vez de la memoria del otro, conservado

en su ausencia, encontramos el ansia caníbal de posesión.

Los trastornos del límite nos indican esa dificultad, hoy día acrecentada por motivo de una creciente insensibilidad ante el sufrimiento ajeno, para tratar la angustia, lo que impide pensar y desear a falta de la memoria de la experiencia sensitiva y mental. Sea por la ira, la prepotente crueldad o la pasividad más cercana a la muerte, estos cuerpos son hueca presencia física temible o, en todo caso y siempre, inhóspita.

La anorexia es un rechazo frontal del canibalismo que preside los primeros encuentros corporales y que se instaura como poderío del alimentador. Una vez que Aquiles y Príamo han llorado a sus muertos, una vez que tanto Héctor como Patroclo dejan de ser causa de litigio y se convierten en huellas de la memoria, ambos, Príamo y Aquiles, pueden entonces sentarse a la mesa. Cuando Príamo titubea, Aquiles se muestra airado. No es el simple rito. Es la recuperación de las ganas de comer, el hambre que retorna una vez abandonado el deseo de matar. "Hasta Níobe -dice Aquiles-, la de hermosos cabellos, se acordó del alimento, aquella Níobe a la que doce hijos se le murieron en el palacio, seis hijas y seis hijos en plena juventud" (600).

Pero esta otra Níobe, la anoréxica, no se acuerda del alimento más que para repudiarlo. Tampoco puede olvidarse de él, ni olvidarse ni aceptarlo. El resultado es la repugnancia, el asco. Niega al otro primordial, aquel que representa el alimento y la invasión del cuerpo, con la privación, aunque para ello deba pagar el precio de desaparecer.

Nunca debemos confundir negación con denegación, Verneinung con Verleugnung.

Toda palabra de un sujeto es primariza, no está previamente cosificada, es un no a su cosificación, no tiene miedo al criterio y por eso es negación.

La anorexia es una lúcida denuncia del canibalismo y una declaración de derrota y condena ante él.

La desmesura de su decisión la convierte, sin embargo, en esclava del cuerpo, y para librarse de esa esclavitud quiere encontrarse con el otro por fuera del cuerpo, en una intimidad absoluta y, por ello, vacía. A veces la droga puede representar por un momento ese fuera del cuerpo, como si entonces se hubiera conseguido la desaparición de los órganos y el cuerpo fuera sustituido por el "estupefaciente", el cual contiene la sorpresa de representar una dependencia exclusivamente del objeto y no del otro, lo que da al consumidor un aire de autosuficiencia. La paradoja es que ese encontrarse por fuera del cuerpo con el otro, da a ese acompañante un poder que repite inesperadamente el espanto del canibalismo materno. La dependencia ha de acentuar entonces, en el caso de la anorexia, la presencia de la privación. Esa privación se convierte en pasión solitaria que asesina al deseo. No se sostiene en el límite interno del deseo, de la decisión regida por ese límite interno. La anoréxica parece desear mucho, pero es un deseo engullido por el vacío, por la nada de la privación, pasión que escapa a su posibilidad, que no guarda ya relación alguna ni con lo que puede ni con lo que quiere. Ese vacío no es disponibilidad, tampoco autosuficiencia, sino sólo rechazo y esclavitud, eternidad inerte, sin tiempo. Ni siquiera la desgracia que la embarga consigue relacionarse con el tiempo. La privación no tiene fin. Ni siquiera es propiamente una renuncia a algo, es una pasión pura, sin fin, que únicamente se paga con la desaparición. Desear le da miedo, la distancia y la separación se han hecho imposibles por su esclavitud al rechazo más abso-

luto: el del cuerpo. La anorexia es una lúcida denuncia del canibalismo y una declaración de derrota y condena ante él. Odia la dependencia corporal que la ata al otro cuerpo y piensa conseguir la inmutabilidad con la desaparición. Su voracidad es de vacío.

Ese cuerpo no sabe a dónde dirigirse en una época, por lo demás, en la que la inmortalidad sólo se puede conseguir con el asesinato, como siempre, y con la insensibilidad que acompaña a un activismo feroz que a la menor contrariedad se convierte en desgracia.

Francisco Pereña

Madrid, abril del 2009

Francisco Pereña
Psicoanalista.
Escritor. Madrid.

Este texto forma parte
del libro en preparación
*Lo terrible de la agresión
no es un instinto*
del autor del artículo.